

PAZ EN LA TIERRA...

UNA NAVIDAD SIN PAZ

Cerca, ahí en Centroamérica, un pueblo cava trincheras: la amenaza de invasión desembozada —porque la encubierta comenzó hace tiempo— consume fuerzas y recursos que se necesitarían para la reconstrucción. A su lado, más al norte, el pueblo hondureño contempla impotente el establecimiento y la penetración, cada vez mayor de los marines en su territorio. Más allá, en Guatemala, el pueblo indígena y campesino se ve obligado a refugiarse en los montes —hambre y frío— cada vez que el ejército de su propio país incursiona por las zonas en las que residen. En El Salvador esa guerra de avances y repliegues, esa guerra de nunca acabar, se acrecienta por la acción continua y creciente de los escuadrones de la muerte... Centroamérica: guerra, muerte, desolación y refugiados; y amenaza de guerra mayor siempre presente.

Al otro lado del mar, nuevas ojivas nucleares se agazapan en sus silos apuntando al este y al oeste. En sus entrañas anidan unos hongos nucleares mil veces más destructores y terribles que los que florecieron de horror en Hiroshima y Nagasaki. El mundo sufre la pesadilla de lo que pudiera ser "Al día siguiente" de una confrontación nuclear, verdadero "fin del mundo", triste capacidad de los hombres de nuestro tiempo.

En el Medio Oriente, el Líbano se desangra en la confrontación inacabable entre judíos y palestinos. Al rugir de los cañones, al tableteo de las armas automáticas, se une ahora el estruendo de las explosiones de los camiones suicidas. Un poco más allá, la confrontación Irán-Irak, con armas cada vez más sofisticadas, amenaza cerrar el estrecho de Ormuz y así estrangular el flujo de petróleo que el mundo industrializado necesita para subsistir. Cada uno de estos conflictos se ha hecho hoy amenaza de guerra total, de guerra entre los grandes que ahora están atentos y actuantes detrás de los bandos combatientes.

Africa desangra sus ejércitos y sus guerrillas en los conflictos irresueltos que dejó la colonia y en los ominosos racismos, soberbios y excluyentes, que aún perduran...

América y Europa, Asia y Africa son escenarios de guerra. Escenarios con capacidad de agrandarse hasta abarcar al mundo entero.

LA PAZ HABIA MUERTO AL AMANECER

La paz estaba muerta ya antes de que estallaran violentos cada uno de esos conflictos. Antes de que rodaran los tanques y de que surcaran los cielos los aviones preñados de bombas, antes de que hablaran los cañones y los fusiles, tampoco había paz. Porque la paz, la verdadera paz, es mucho más que la mera ausencia del conflicto armado.

Cuando los hombres destruyen y agotan en provecho de unos pocos los recursos de un planeta que se nos dio para todos —también para los que vendrán después de nosotros— y una civilización de despilfarro transforma en basureros las fuentes de la vida, no hay paz. Si el hombre no está en paz con la Tierra, no hay paz en la Tierra. Porque esa situación produce para las mayorías hambre y miseria, porque en silencio mueren antes de tiempo los pobres de la tierra. La verdadera paz supone que el hombre —todos los hombres— sean señores del mundo, supone que lo dominan y lo ponen a su servicio, obteniendo de él los bienes necesarios para todos y respetando sus leyes. Hoy la humanidad no puede estar en paz con el mundo si no se llega a una voluntaria —y absolutamente necesaria— opción de austeridad por parte de los países y los grupos sociales más desarrollados.

No hay paz verdadera cuando las excesivas desigualdades entre las personas, entre los grupos sociales y entre los pueblos, impiden eficazmente la fraternidad. Mientras "no se allanen los collados y se rellenen los valles", mientras no se socialicen más, mucho más, el tener, el poder y el saber. Mientras las grandes mayorías sigan siendo esclavizadas no sólo de lo necesario para la vida, sino de la capacidad de decisión sobre sus propios destinos.

Cuando frente al conflicto que existe o que puede surgir, se plantee como solución la eliminación o sometimiento del adversario, ya está rota la paz. Frente a esa postura se hace cada vez más necesaria en un mundo cruzado por ideologías antagónicas, por cosmovisiones excluyentes, por intereses contrapuestos, la decidida voluntad de diálogo. La búsqueda de la negociación que renuncia a la obtención del todo y considera más plena la consecución de una parte, que permite una parte también para el otro, para el diferente. Hay que preferir las armas de la paz frente a las armas de la muerte para la solución de los enfrentamientos y problemas.

No hay paz posible para la humanidad mientras ese valor cristiano que es el perdón no llegue a ser un valor que circule como moneda corriente en las relaciones entre las personas, las clases y las naciones. Mientras frente a la ofensa se reaccione con espíritu de venganza, mientras se piense que para eliminar la injusticia hay que acabar con el injusto, mientras se busque la paz en ese "equilibrio del terror" que asegure a los bloques enfrentados la capacidad de venganza, no hay paz.

Porque el hombre está en conflicto con la Tierra que lo sustenta. Porque las desigualdades excesivas en el tener y en el poder han quebrado la fraternidad. Porque el distinto es percibido como alguien a quien hay que eliminar o, al menos, doblegar... las raíces de la paz están ahogadas y la paz no puede florecer...

NOCHE DE PAZ

El antiguo pueblo de Dios, cautivo en Babilonia, sufriendo el peso de la esclavitud y del destierro, sentía —nos recuerda el salmo— que no podía cantar el canto del Señor. ¿Podemos nosotros cantar en estas Navidades de 1983 lo que cantaron los ángeles en la primera Navidad? "Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres". Desde entonces los hombres hemos hecho de la Navidad el símbolo y la expresión de ese gran anhelo de la humanidad que es vivir en paz. Pero este año ¿podemos seguir cantando el gozo de la paz, cuando la ausencia de paz quita la vida a tantos hermanos? ¿podemos cerrar los ojos al horror y los oídos al clamor de los hombres y cantar "noche de paz"? ¿o será que necesitamos ojos nuevos para ver en este mundo algunas semillas de paz?

LA FE QUE NECESITAMOS

"Si la buena noticia que anunciamos —dice San Pablo en la segunda carta a los Corintios— sigue velada, es para los que se pierden, pues por su incredulidad el dios del mundo éste, les ha cegado la mente y no distinguen el resplandor de la buena noticia".

Podemos celebrar la Navidad porque la paz está ahí, en medio de las amenazas y de las muertes, pequeñita como un niño en un pesebre, pero viva. Viva para crecer y para desarrollarse y terminar con las semillas de la muerte. Necesitamos la fe, la que permitió a los pastores reconocer en el Niño envuelto en pañales al Salvador, para ver esa paz.

La salvación está en algo que está naciendo. En los pobres del mundo que se levantan, tranquilos y firmes, contra su pobreza. En los que ensayan una y mil formas de sociedad solidaria. En los que eligen una austeridad que permita compartir. En los que sin más fuerza que el convencimiento y la decisión se oponen a las instalaciones misilísticas y al armamentismo...

Ellos pueden decir —como San Pablo en su carta— "nos aprietan por todos los lados, pero no nos aplastan; estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados; nos derriban, pero no nos rematan; paseamos continuamente en nuestro cuerpo el sufrimiento de Jesús, para que también la vida de Jesús se transparente en nuestro cuerpo". El Dios de la Paz está con ellos.

Es cierto que las instituciones no los comprenden. Ni los Estados, ni los partidos, ni las corporaciones... Muchas veces ni las Iglesias. Pero con ellos se están tejiendo los entramados de un nuevo poder, el de la sociedad civil, que acabará poniendo a su servicio, al servicio de la paz, a las instituciones, porque son portadores del anhelo de paz de toda la humanidad, de la promesa de paz que los ángeles cantaban en Belén.

ESTAR CON ELLOS

Hay una celebración de la Navidad que es mera mentira. Pero hay una celebración de la Navidad que es verdad. La de aquellos que se han comprometido con la paz y, a pesar de los acosos y persecuciones, siguen luchando por la verdadera paz. Para ellos la Navidad es como un remanso donde se vive intensa y simbólicamente toda la vida entregada a la causa de la paz, expresada en la vida nueva y tierna de un Niño que nos ha sido dado.

Ellos y los que tratemos de estar con ellos, celebraremos la verdadera Navidad. La que no se ve más que con los ojos de la Fe.

En Navidad, una suscripción a la REVISTA  , un regalo para todo el año